

Luis Manuel García Méndez

Luis Manuel García Méndez nació en 1954 en La Habana (Cuba).

Graduado de Ingeniero Geólogo, ha sido profesor universitario, investigador y periodista. Nueve libros de narrativa y poesía publicados –*Sin perder la ternura* (La Habana, 1987), *Los amados de los dioses* (La Habana, 1987), *El Planeta azul* (La Habana, 1988; Buenos Aires, 1990), *Aventuras esclavas de Don Antolín del Corajo* (La Habana, 1990; Moscú, 1992), *Habanecer* (La Habana, 1993), *Salto mortal* (Sao Paulo, 1993), *Un asombro pendiente* (Murcia, 1995; La Habana, 1996), entre otros– le han valido medio centenar de premios literarios, entre ellos el Premio Casa de las Américas (La Habana, 1990), el Premio Nacional de la Crítica (La Habana, 1993), el Premio Antonio Oliver Belmas (Murcia, 1994) y el Camilo José Cela (Galicia, 1994 y 1996). Ha publicado unos 400 textos periodísticos en revistas y periódicos de 7 países y ha dictado conferencias en Universidades de Cuba, España, Brasil, Suiza, Alemania, México e Italia. Reside en España desde 1994 y es actualmente miembro del consejo de redacción de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*.

*A Dany,
que aún no hace uso
de la palabra*



1

Silencio, repite Daniel mientras asciende la colina. Silencio, musita en lo alto. A sus pies, el valle, sembrado de cadáveres, donde las alimañas hozan ciertas miradas, canciones, besos, que han sobrevivido a los ojos, los oídos, los labios. Un cerco de buitres prologa en el aire su comilona de carne ametrallada. Silencio silencio silencio, mientras cava una fosa, larga como un bostezo, en la estribación norte del cerro. Arrastran los cuerpos tirando de los tobillos. Las cabezas se bambolean al tropezar con las piedras, como diciendo que sí antes de caer descoyuntadas. Una pareja los ordena allá abajo, no por piedad, sino para resumir más cadáveres por metro cúbico.

Los otros parlotean sin tregua mientras cavan. Todo silencio es sospechoso y el oído finísimo del teniente detecta un taciturno entre cincuenta hablantines. Pero no es sólo por eso que Daniel repite silencio, silencio, silencio. Pronunciada con cierta cadencia, la palabra lo ayuda a palear, el dolor en los músculos se disuelve, repartido entre las sílabas: si len cio si len cio si len cio. Hasta que sus brazos se emancipan de la voz, su cerebro del cansancio, y los recuerdos medran por cuenta propia, o por cuenta del abuelo sentado en su mecedora de cañas, convocando la tarde con el humo de su pipa de loza. Daniel era demasiado niño entonces, pero no ha logrado olvidar aquella tarde de primavera. Un éxito el experimento, dijo el abuelo, los ojos titilantes de admiración hacia el Doctor, y gastando un puñado de palabras, que Daniel jamás escuchara, en relatarlo minuciosamente; porque el Doctor había concluido, días atrás, veinte años de fructuosas búsquedas. Las pruebas de laboratorio confirmaban la efectividad del preparado. Cuando las luces del atardecer atravesaron el líquido contenido en el matraz, acentuando su color ambarino, el Doctor lo escanció en una copa y brindando por su juventud inmolada al pie de las retortas y los tubos de ensayo, bebió de un sorbo los cien mililitros. Un sorbo que trastocó la historia toda del planeta.

La pala choca contra una piedra, interrumpe la letanía sudorosa impuesta por la palabra silencio. Daniel se apoya en el mango, mira hacia el cielo nublado de buitres, y recuerda los fuegos de artificio que subsanaron la noche anunciando una nueva era, durante aquella primavera, decretada fiesta planetaria. La cronología se dividió en Antes y Después del Doctor. Se desataron riadas de discursos y pláticas banales por el mero gusto de hablar sin racionamiento. Estatuas al Doctor fueron erigidas en todas las ciudades y las academias recaudaron su nombre.

* Cuento ganador, en la modalidad de castellano, del XIX Concurso de Cuentos "Villa de Errenteria", organizado por Ereintza Elkarte, con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria, cuyo jurado estuvo compuesto por Raúl Guerra Garrido, Félix Maraña, Ezequiel Seminario y Antton Obeso.

Algunos quedaron mudos antes que terminaran los días prescritos para el público regocijo, pero eso no importaba, porque en breve recuperarían la palabra.

Daniel arrastra por las botas un cadáver hinchado de intemperie, atisbado de lejos y con envidia por los ojos amarillentos de una hiena, bestias menos miserables que la raza de los hombres, sometida desde siempre y hasta aquel día que Daniel recuerda en la mirada de su abuelo, a la escualidez verbal: Hasta el descubrimiento del Doctor, todo habitante del planeta nacía con las palabras contadas. Por algún error de Dios, sus cromosomas incluían un lexímetro que sólo permitía pronunciar o escribir un número limitado de palabras (sin crédito, ni préstamos al 10%, ni extracciones en negativo). Saldo ligeramente diferentes entre individuos –algo más los trigueños y las mujeres, que los rubios–, aunque las investigaciones nunca fueron terminantes. Algunos intentaron un incremento de la locuacidad mediante ingeniería genética. Fue un fracaso. Hasta el advenimiento del Doctor, estuvieron condenados a ser una civilización telegráfica.

– Depende del lugar por donde entra la bala, por eso algunos se pudren primero –explica el sargento a Daniel y le ordena– Balancéalo antes de echarlo para que caiga en el centro. En el centro te dije.

– Los buitres. Espántalos, coño, espántalos a tiros. Después hay que llevarse los muertos a pedazos.

– Eh, tú, que no se va a derretir. Arrástralo como sea, pero rápido.

– Es lo único bueno que tienen, Daniel, ni protestan. Míralos ahí: un cabo y un sargento: boca con boca, bragueta con bragueta.

Un alarido de rocas doblegadas, anuncia la impaciencia de la tierra. Los últimos cadáveres son despeñados a la desbandada: acucillados, decúbito, extendidos de cara al cielo, como si se asolearan por última vez. El valle se va estrechando.

– Míralo. Míralo. El camino por donde vinimos.

– Apúrense. Suelta ése. Como sea. Apúrense.

– Tierra ahora. Rápido.

– Si nos demoramos más, teniente, el valle no nos va a dejar salir.

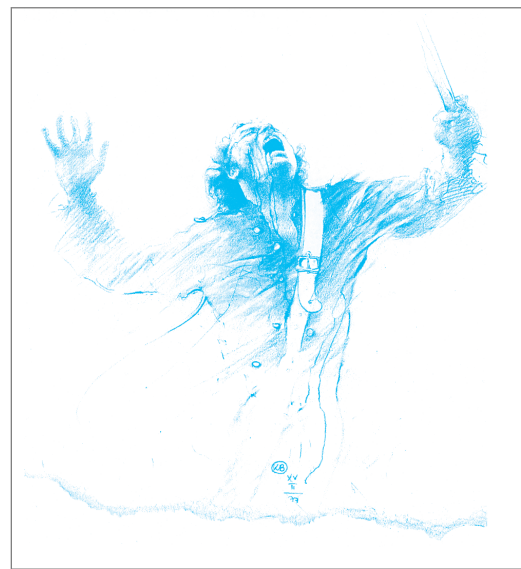
Silenciosilenciosilencio, vuelve a martillar en su cabeza a toda velocidad cuando huye loma arriba. En la cima hacen alto. Jadean. No pueden apartar la mirada de las montañas que acuden a su cita en el centro del valle, soterrándolo.

– Hubiéramos dejado a las montañas.

– No. Ellas esperan. Hasta que no terminen los carroñeros. Nunca los sepultan.

– Levántese todos. Andando hacia el cuartel.

Daniel extrae del bolsillo la pipa que heredó del abuelo. Como heredó su gesto de encenderla cazoleta abajo, mientras deshilvanaba su dolor por ser ya demasiado viejo para disfrutar la nueva era, que enmendará el desastre inmemorial de un mundo donde el canto fuera un arte suicida –subsano en parte por los instrumentos músicos y el trino de los pájaros–, y donde sólo las artes mudas florecieron, amaestrando los ojos durante siglos a la poética de la imagen. La columna de humo abandonaba sin prisas la pipa del abuelo, que continuaba rememorando con dolor los tiempos, por suerte idos, de literatura exigua, condenada a una exactísima arquitectura –la extracción de una sílaba podía echar abajo una novela completa–, con alto grado de densidad conceptual y escasos diálogos. Gratos eran los textos filosóficos y los retratos breves de un tal J.L. Borges. Escritores había que gastaban todas sus palabras en un libro que los inmortalizara. Un mundo donde la parquedad de los archi-



vos exasperaba a historiadores y polillas; y los manuales no registraban sucesos de valor tangencial, base de toda especulación. Un mundo condenado a la fría racionalidad –lo irracional requiere demasiadas palabras–; y donde dos docenas de mecanógrafas eran inmoladas cada año para saldar informes de gobierno. Su única sobredosis de palabras, le alcanzó el abuelo hasta el fin: Murió antes que los hombres comenzaran a admirar, indiscriminadamente, el don de la palabra. Antes que los oradores se dedicaran a cometer discursos que adormecía a las multitudes –*“vaca sopor ensoñación tristeza sin ser o caminar pastos nevados de la contemplación más adventicia...”*–, por ejemplo.

La adolescencia de Daniel, que alcanza ahora a pasos reforzados los muros del cuartel y hace una seña de subrepticia complicidad al soldado de posta, transcurrió amaestrada en el culto a la palabra, mientras los oradores más taimados imponían su voz a fuerza de ubicuidad, imponían sus verdaderas definitivas, abarrotando de discursos las parcas ecuaciones de la razón; hasta que por fin obtuvieron palabras suficientes para convencer a los hombres, embutirlos en uniformes –confeccionados en sastrerías ideológicas– y travestirlos en soldados.

Asolado por la metralla, empobrecido por los impuestos, enloquecido por el afán de vivir en vértigo mientras hubiera sobrevida, aquel mundo fue consumiéndose, no sólo metafóricamente. Para terror de mandatarios y geógrafos, la superficie de los países recientemente creados, se reducía lenta pero inexorable(plicable)mente. Las fronteras se abalanzaban sobre las capitales, los terratenientes se convertían en pequeños agricultores, las carreteras en veredas y los jardines botánicos en canchales. Las imprentas eran incapaces de reproducir las incensantes versiones de los atlas y empezaron a exis-

tir más presidentes que países. Las trincheras de los bandos contrarios llegaron a estar al alcance de la voz, pero no tenían nada que decirse y guardaron silencio. Un silencio cómplice que era perseguido por los generales y tildado de sedicioso por la contrainteligencia.

Cuando Daniel se echó sobre el camastro a dormir, arrullado por la palabra silencio silencio silencio, ya el planeta no era sino la carcomida osamenta de lo que fuera. El miedo a sí mismo que lo atenazara desde hacía tantos años había sido quebrado un mes atrás, cuando le confiaron la contraseña de la conspiración: “silencio”, que esta misma noche, cuando atacemos el estado mayor, será pronunciada en voz alta. Años tardó en decidirse. Las palabras le habían sido inoculadas con tanta asiduidad, que extirparlas fue como mutilarse. Transcurrido el dolor, supo que no las necesitaba. Convalece repitiendo:

silencio silencio silen

Cercenada por el culatazo con que el propio capitán lo derriba del sueño, arreándolo después, junto a una veintena de complotados, hacia el juicio sumarísimo, hacia el valle donde, de cara a un paredón basáltico, repiten cada vez más alto, según una cadencia que comienza en rito y concluye en blasfemia o provocación:

silencio silencio silencio

Apunten. El clic de los cerrojos.

silencio silencio silencio

Disparen. Cada bala muestra los dientes, como si olfateara un corazón.

silencio silencio silencio

Fuego.

silencio

Apenas extinguidos los ecos, el pelotón tiene que huir, los minutos contados, por una cañada inextricable. El intento de abandonar los fusilados a las bestias, es frustrado por las montañas, que esta vez se unen, basaltos y calizas, tobas finísimas y arcillas, como para arropar los cadáveres tibios que ya se empiezan a poblar de

silencio

2

Una nueva generación empezó a preguntar por entonces las causas de la guerra. Lacónicas complicidades, subrayadas por una mirada, fueron congregando a los hombres. Consignas exactas como cuchillos –ajenas a toda demagogia, arte de muchas y de malas palabras– develaron los móviles ocultos de aquel fervor suicida que erosionaba la carne del planeta. En respuesta, la represión cobró vida e ideas propias, hasta morder la mano del que la desenvainaba, como un puñal que se acuchillara el mango. La represión fue tan eficaz, que fabricó conspiraciones más sabias: Volaron las estatuas del Doctor (muerto años atrás durante un bombardeo nocturno), laboratorios y fábricas. Fórmulas secretas y tecnologías fueron extirpadas de la memoria. Volatilizados los almacenes del elixir, el contrabando y los sucedáneos erigieron fortunas. Los políticos pagaban sumas indecentes por cada frasco, que les permitía abusar durante otro mes de la palabra. Pero los hombres continúan naciendo (sin paliativos) con las palabras de su vida contadas.

Los primeros en perder la voz son los tribunos. Aparecen en las pantallas e intentan convencer por señas a los hombres, pero es tan grotesco que pierden la primera batalla contrainsurgente: el respeto. La afonía alcanza a los generales, los coroneles, los tenientes, los cabos, hasta que las guerras se detienen por falta de órdenes y los soldados cuelgan como frutas sus fusiles de los árboles y regresan a casa. Gobernantes y oradores, encumbrados durante el alza de las palabras, huyen de aquel silencio. Todos los ciudadanos –incluso los nuevos gobernantes– descubren entonces un arte olvidado: pensar las cosas antes de decirlas.

órdenes y los soldados cuelgan como frutas sus fusiles de los árboles y regresan a casa. Gobernantes y oradores, encumbrados durante el alza de las palabras, huyen de aquel silencio. Todos los ciudadanos –incluso los nuevos gobernantes– descubren entonces un arte olvidado: pensar las cosas antes de decirlas.



3

El planeta, como si esperara una orden, se expande.

Los valles florecen, abriendo en silencio sus pétalos de montañas. Las tumbas son devueltas a los hombres, cada una con su losa de piedra. Sobran las inscripciones. En la textura del sílice o la calcita, en las huellas impresas por el planeta sobre la superficie de las losas, cada familia reconoce a sus muertos.

Daniel, un niño concebido cierta noche de obuses en un granero abandonado, recorre sin desviarse la nueva geografía, los espacios abiertos a los ríos que restañan con sus aguas las cicatrices de la guerra. Los árboles, abonados por el silencio, despliegan sus ramas hacia las zonas más apacibles de la atmósfera. Entre ellos serpentean los caminos y el planeta fabrica horizontes intocados, que desborden la mirada. Daniel hace un alto al pie de la noche. A la mañana siguiente descubre que la distancia ha vuelto a ser azul, que el oleaje detenido en los mares ha regresado.

Cuando llega al valle, ya las ciudades respiran aliviadas. De sus cuellos han sido retirados los nudos corredizos que los gobernantes habían fabricado con las fronteras.

Cuando se detiene ante la losa que protege a Daniel del olvido, ya cada grieta, cada pliegue, cada mota de polvo añadida a la superficie por el crecimiento del planeta, ha sido aprovechada por una semilla; y el silbo del viento entre los árboles compone una música que muchos nunca habían oído.

Cuando Daniel se aleja de la tumba de Daniel, cuando el ramo de flores silvestres empieza a mimetizar los colores de la tarde, ya los hombres han vuelto a asumir en silencio las consecuencias de sus actos.